

# MUERTE EN EL LABERINTO

*Barcelona, 1909*

*Muerte en el laberinto. Barcelona 1909*

© 2020 Fernando García Ballesteros

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.  
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta  
28036 Madrid  
[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)  
[www.facebook.com/librosdesedaeditorial](http://www.facebook.com/librosdesedaeditorial)  
[@librosdeseda](mailto:@librosdeseda)  
[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Nèlia Creixell  
Maquetación: Nèlia Creixell

Imágenes de cubierta: © Miguel Moya Moreno/Shutterstock (estanque en el laberinto de Horta); © Mark Fearon/Arcangel Images (muchacha)

Primera edición: febrero de 2021

Depósito legal: M. XX.XXX-2021  
ISBN: 978-84-17626-39-6

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

Fernando García Ballesteros

# MUERTE EN EL LABERINTO

*Barcelona, 1909*

Libros de  
*seda*





Paula nunca le había gustado el estanque. Sentía cierta aprensión irracional a que algo en sus profundidades, agazapado y al acecho, se abalanzara sobre ella. Miraba de reojo el agua, que centelleaba con el primer sol de la mañana. El estanque se encontraba en la terraza superior del jardín, entre una fuente tapizada de musgo y un viejo pabellón neoclásico, cerrado desde hacía años por algo que era mejor no recordar. La tercera doncella de la casa iba recogiendo los restos de la fiesta del día anterior, copas y platos que habían quedado desperdigados aquí y allá, y los depositaba con cuidado en un cesto de mimbre.

Un cambio en la superficie del estanque llamó su atención. Una fina muselina blanca oscilaba al ritmo acompasado de un inexistente oleaje. A pesar de la distancia, la reconoció. Formaba parte de un vaporoso vestido que ella misma había ayudado a coser el día anterior. La tela, como si hubiera esperado su mirada, se desplegó como una perezosa criatura abisal, y algo desde lo más profundo del estanque empezó a ascender.

Era el cadáver de una mujer.

El agua había transformado su vestido en un sudario casi transparente. El cabello flotaba, largo, rubio y desvalido. El rostro resultaría hermoso si alguien pudiera cerrarle los ojos. Una guirnalda de flores parecía buscar refugio en su pecho.

Paula dejó caer el canasto.

Las copas chocaron entre sí con un tintineo y algunas se rompieron.

El grito fue terrible.

Catalina Desvalls despertó extrañada. Las persianas estaban cerradas, el dormitorio conyugal permanecía completamente a oscuras y al levantarse tuvo que buscar a tientas su bata. Alcanzó con decisión la ventana, descorrió las cortinas y abrió los postigos. La luz iluminó el dosel de la cama con el escudo de los Desvalls, una rosa de ocho pétalos. Su marido, Julio Antonio Desvalls, dormía ajeno a todo. Catalina buscó con la mirada el laberinto, su viejo enemigo. Vio entonces a Paula bajar corriendo por el paseo que conducía desde el templo de Dánae hasta la plazoleta de los leones.

Instantes después, a Catalina le llegó un amortiguado rumor de pasos apresurados y voces inquietas, puertas que se abrían y se cerraban de golpe.

Y entonces supo que se avecinaban días terribles.

## CAPÍTULO 1



LUNES, 19 JULIO 1909

El tren que descendía por la calle Balmes dejaba en el aire una estela de hollín que ennegrecía los cristales de la comisaría. La línea había sido electrificada unos años antes, pero de vez en cuando aún se veía alguna vieja locomotora a vapor que traqueteaba con desenvoltura calle abajo. El tren bajaba desde Sarriá, cruzaba la avenida Diagonal y se desviaba justo frente a la comisaría, a la altura de la calle Rosellón.

Ignasi Requesens, inspector de primera categoría, seguía con la mirada el paso de los vagones desde la ventana de su despacho. La siguiente parada era el apeadero de la calle Provenza, donde un grupo de pasajeros bajaría y se dispersaría en la esquina. Un ómnibus de La Catalana se detuvo en el paso a nivel. Dos policías uniformados, varios niños, un *senyoret* con sombrero canotier y un traje blanco, y varios hombres con gorras y blusones de trabajador esperaron también para cruzar. Requesens se los quedó mirando, consciente de que todas aquellas personas seguramente tenían una vida tan compleja como la suya. Sus pensamientos se desvanecieron cuando la puerta del despacho se abrió a su espalda sin que nadie hubiera llamado previamente y alguien entró en silencio y tomó asiento. Sin llegar a volverse, reconoció los andares pesados del inspector Milagros, que había estado de guardia y tenía que darle el parte de lo sucedido la noche anterior. Requesens se volvió y lo saludó con amabilidad. La figura del inspector Milagros era recia y sólida,

y parecía ocupar toda la habitación. Nadie se atrevía a bromear con su apellido. Era conocido entre los policías como Mili.

A través de la puerta, Requesens vio a Cristóbal, su joven ayudante, ordenando expedientes en un infructuoso deseo de sistematizar su uso. Cristóbal pertenecía a la nueva hornada de agentes que acababa de salir de la Escuela de Policía. Requesens y Cristóbal se habían conocido trabajando en un caso especialmente difícil en el mes de febrero mientras el último realizaba prácticas en Jefatura. Después de que el joven se hubiera graduado, Requesens decidió llevárselo con él al volver a su comisaría habitual. Cristóbal era un apasionado de los nuevos métodos policiales tales como la dactilografía, el Bertillon y la recogida exhaustiva de pruebas, métodos que no habían sido bien recibidos en la comisaría de Balmes por los policías más veteranos. Era una comisaría nueva, relativamente alejada del puerto y la ciudad vieja, y la mezcla de agentes veteranos y otros más jóvenes a veces generaba desconfianza y celos.

—¿Qué tal ha ido la guardia? —preguntó cortésmente Requesens.

Milagros se aflojó un poco el cuello de la camisa. Era un cuello duro, sorprendentemente elegante, y contrastaba con su traje gris y funcional. Se tomó su tiempo antes de contestar:

—Bastante tranquila. Hubo jarana por el día, así que no tuvieron fuerzas para seguir por la noche. Parece que para el próximo embarque las Ramblas van a ser tomadas por los de seguridad. Esto va a parecer Port-Arthur.

«¿A quién le apetece montar una revolución con este calor?», estuvo a punto de preguntar Requesens, pero se contuvo a tiempo. El día anterior había habido una serie de altercados por toda la ciudad, sobre todo en el puerto, donde empezaban a embarcar reservistas. No era buena idea criticar abiertamente la política del gobierno.

La comisaría se ubicaba en un par de pisos alquilados de absurdos y largos pasillos en un edificio que, como todos los del Ensanche, apenas tenía unos pocos años. Sin embargo, ya desprendía un



aire gastado y polvoriento. Allí todos se conocían, y la separación entre opiniones privadas y vida pública se cruzaba de continuo. Muchos policías, sobre todo los de vigilancia, que no estaban sometidos a una jerarquía militar, simpatizaban con aquellos hombres que eran reclutados a la fuerza. Pero los policías debían guardarse con cuidado unas opiniones que podían ser consideradas peligrosas. La guerra del Rif necesitaba más soldados para proteger los intereses mineros en el norte de Marruecos, pero en lugar de enviar soldados voluntarios, reenganchados con prima que cobraban una pensión en caso de muerte o invalidez, o los excedentes de cupo, el gobierno había decidido enviar soldados que ya habían efectuado el servicio militar, la mayor parte padres de familia que dejaban a los suyos sin su salario y sin su pensión si muriesen a consecuencia de la guerra, algo que resultaba vergonzosamente probable. Requesens no estaba de acuerdo con aquel reclutamiento forzoso, aunque no se le ocurriría decirlo de manera abierta. Había sido teniente del ejército antes de entrar en la policía, y había estado en la guerra de Cuba y también en Marruecos. Nadie que hubiera estado en una guerra y hubiese vuelto malherido de ella deseaba que enviaran a padres de familia a una muerte segura. Pero ante Milagros debía ir con cuidado. No sabía hasta qué punto podía fiarse de él. En comisaría corrían diversos rumores, desde que era un empecinado lerrouxista hasta que era un carlista desforado.

—Lo verá todo más claro después de haber dormido un poco— dijo Requesens con amabilidad—. Tras un sueño y un café todo se ve mejor.

Milagros murmuró algo como que estaba de acuerdo y con movimientos lentos se puso en pie.

Cristóbal decidió esperar a que Milagros se levantara y se pusiera la americana antes de decidirse a entrar en el despacho de Requesens. El teléfono sonó al mismo tiempo que entraba y Cristóbal, consciente de la aversión que Requesens sentía por aquel aparato moderno al que consideraba un intruso que se ponía a berrear

cuando menos lo esperabas, lo descolgó con cautela. Apenas había escuchado un par de frases cuando se quedó mirando a Requesens, tapó el auricular con una solemnidad algo teatral, que al inspector siempre le costaba determinar si era fingida o no, y dijo:

—Es el gobernador, señor.

Al escuchar la palabra «gobernador», el considerable ajeteo de la comisaría a primera hora de la mañana cesó de pronto. Que el gobernador llamara tan temprano a un inspector después de un día de altercados no era buena señal.

—Requesens...

—Señor...

—¿Qué tal va el trabajo?

—Bien, señor.

—Me alegro... —y tras un titubeo añadió—: Le llamo porque ha aparecido un cadáver en la finca que los Desvalls tienen en Horta. Necesitaría que se hiciera usted cargo del asunto.

Horta era «las afueras», y hasta hacía poco había sido un pueblo colindante con Barcelona, anexionado a la capital unos años atrás. Requesens identificó mentalmente la finca de los Desvalls en la ladera de Collserola, la sierra que rodeaba la ciudad. Nunca había estado allí. Se sabía que contaba con un magnífico jardín en el que había un laberinto, aunque aquella finca pertenecía a la mitología colectiva de la ciudad. Muchos eran los que conocían el lugar, pero pocos los que lo habían visto y entrado en él.

—Horta está bajo jurisdicción del distrito Norte —dijo Requesens.

—Sí, lo sé, pero se trata de una ciudadana británica. Es un asunto delicado y hay que actuar con prudencia. Parece ser que era la niñera de la familia. El cónsul británico y el juzgado ya están informados. Vaya para allí y averigüe qué ha pasado. Se llamaba Elsie Thornton.

—De acuerdo.

—Cuento con su discreción.

—Naturalmente, señor.

El gobernador colgó.

—No se preocupen, no se ha declarado el estado de excepción —dijo Requesens con cierto humor como si se lo dijera a Cristóbal y Milagros, aunque con intención de que lo pudieran escuchar todos, como así fue. Luego añadió con voz tranquila—. Ha aparecido el cadáver de una ciudadana británica en Horta.

Milagros se acabó de poner la americana, que le quedaba ajustada y le daba un cierto aspecto de violencia contenida.

—Horta queda bajo la jurisdicción del distrito Norte. ¿Por qué le mandan a usted allí?

Requesens se encogió afablemente de hombros. Había detectado en Milagros un punto de interés que no le apetecía nada alimentar.

—Supongo que porque Osorio sabe que Cristóbal es el único de nosotros que habla inglés —dijo sin darle mayor importancia.

Y dirigiéndose a otro agente añadió:

—Díganle al comisario cuando venga que he salido por un asunto urgente.

La carretera de Cornellá a Fogars de Tordera rodeaba la sierra de Collserola deslizándose por el Valle de Hebrón. Conducía Cristóbal porque Requesens prefería los caballos y los carruajes y no se acababa de fiar de los automóviles. Era un enclave rural y había que esquivar carros, burros y mulas que, malhumoradas y tercas, se resistían a apartarse a un lado a pesar de los esfuerzos de los amos. Cuando Requesens y Cristóbal se encontraban con otro automóvil se saludaban con una ligera inclinación de cabeza, conscientes de lo extraordinario de encontrarse sobre cuatro ruedas motorizadas en aquel apartado lugar. Innumerables caminos y torrentes cruzaban la carretera, y habrían estado a punto de perderse varias veces si no hubieran distinguido desde la carretera la antigua torre medieval de defensa, la torre Subirana, alrededor de la cual se había construido el palacio de los Desvalls.

El automóvil tuvo cierta dificultad en la cuesta de llegada hasta la casa, jadeando como un viejo caballo asmático, algo de lo que Requesens se alegró íntimamente. Atravesaron la verja de la entrada, dieron media vuelta en el patio en torno a una fuente, los neumáticos crujiendo sobre la gravilla, y se detuvieron delante de la puerta principal, donde estaban apostados dos policías con uniforme del Cuerpo de Seguridad.

—Vaya, parece que Gobernación se ha tomado en serio este asunto —dijo Requesens.

—Deben de haber descubierto el cadáver por la mañana muy temprano —replicó Cristóbal—. Y seguramente lo habrán pisoteado todo.

—No te enrabietes que no te servirá de nada.

Varios perros ladraron en algún lugar detrás de la casa ante su llegada. El áspero y reseco olor del tubo de escape se esparcía por el aire. Había otros dos automóviles aparcados y Requesens supo que alguien del juzgado había llegado antes que ellos. Los guardias los saludaron e intercambiaron un par de frases sobre el calor.

Un muro semicircular de aire un tanto medieval, no muy elevado, protegía la casa como una prolongación de las alas este y oeste. Las dos alas se abrían hacia ambos lados formando una herradura. Puertas y ventanas eran de un estilo neoárabe que había estado en boga años atrás. La puerta principal era de un estilo árabe más encendido que el resto y se alzaba sobre una escalinata enmarcada por dos columnas a cada lado. Sobre la puerta se abría un solitario balcón, coronado con el escudo de los Desvals, y sobre él eran visibles un reloj y una campana, lo que hacía pensar en un monasterio alejado de la civilización. Al fondo, proyectada contra la casa, se veía una torre de defensa circular, la torre Subirana, en torno a la cual se había construido todo lo demás en diferentes épocas, una sucesión de añadidos de estilos diversos. Requesens encontró que aquel cúmulo de estilos le otorgaba a la casa un aire de escenario teatral, deslumbrante y a la vez ligeramente disparatado.

Un hombre joven, alto, delgado y muy pálido apareció en la puerta. Sus rasgos eran pronunciados, un bigote como dibujado a lápiz, unos ojos fríos que miraban de soslayo. Su uniforme de servicio era oscuro. Bajó la escalinata y se presentó:

—Soy Jesús, el segundo mayordomo. Supongo que es usted el inspector que estábamos esperando.

Requesens asintió.

—El señor marqués me ha pedido que los acompañe hasta donde se encuentra la señorita Thornton —dijo Jesús en un tono formal—. Tenemos que ir a la terraza superior del jardín. Si son tan amables de acompañarme.

El inspector le dijo en voz baja a Cristóbal:

—Lleva un uniforme de luto. En pocas familias se guarda luto por alguien del servicio.

Salieron por una poterna habilitada en el semimuro oeste que rodeaba el patio, llegaron a una plazoleta de tierra y echaron a caminar, rodeando la casa.

Solo entonces Requesens empezó a ser consciente de la enormidad física del jardín. No tenía una estructura delimitada como la de un jardín francés, sino que era como el de una villa italiana, con terrazas escalonadas y caminos que se perdían bajo los pinos, las encinas y las carrascas, aprovechando la ladera de la montaña. Otra parte del jardín rodeaba sinuosamente la casa por la parte trasera y resultaba ser de un estilo muy diferente al resto, más doméstico, más sosegado. Al otro lado, a un nivel inferior del que se encontraban, una puerta china en uno de los senderos conducía a un jardín de estilo romántico. Allí vieron unos entoldados, junto con sillas y mesas que parecían preparadas para ser recogidas.

—¿Celebraron ayer una fiesta? —preguntó Requesens señalando hacia el jardín romántico.

—Se celebró una pequeña recepción. Apenas una cincuentena de personas.

—¿Permanece alguno de los invitados en la casa?

—No, todos se marcharon ayer.

Requesens apenas sabía nada de aquella casa. Recordó haber visto algunas fotografías en el periódico con motivo de una recepción ofrecida al rey Alfonso XIII, que había ido a Barcelona a inaugurar el comienzo de las obras de la Reforma, la vía que abriría la ciudad desde el centro hasta el mar a cambio de llevarse por delante decenas y decenas de hogares, desde miserables casuchas hasta antiquísimos palacios. Intentó recordar algún rostro de la familia, pero solo recordaba la imagen del rey, joven, algo vulnerable incluso bajo su traje militar, y de la reina y su vestido blanco, acentuado por el contraste de la fotografía.

—Creo recordar que el año pasado hubo una fiesta en honor del rey.

—Sí, es muy comentado por la familia y sobre todo por el servicio, pero yo no sabría decirle. Hace tan solo seis meses que trabajo para los Desvalls.

Un paseo central los condujo a las partes superiores de la finca. Un olor resinoso impregnaba el aire. Grillos y cigarras parecían haberse declarado una ruidosa guerra. Requesens llevaba su sempiterno traje oscuro y el bombín, que contrastaba con las ropas ligeras y el elegante canotier de Cristóbal. Sentía cómo el sudor le caía por la espalda y se le pegaba en la camisa. Sus viejas botas, que tantos servicios le habían dado en la guerra, crujían ahora sobre la grava del camino.

Al lado derecho vieron el inicio del laberinto que daba fama al jardín. En la entraba había una inscripción en una placa de mármol.

*Entra, saldrás sin rodeo, el laberinto es sencillo,  
no es menester el ovillo que dio Adriana a Teseo.*

Siguieron ascendiendo y rodearon los muros de cipreses recortados que formaban el laberinto. Frente a ellos se erguía un templete redondo de considerable altura que guardaba en su interior una escultura de una diosa que Requesens no supo identificar. Pasaron frente a él y llegaron hasta una gran escalinata que se dividía en

dos ante un pabellón neoclásico. Al subir el primer tramo, tanto Requesens como Cristóbal no pudieron evitar girarse con una ligera sensación de desobediencia bíblica. A sus pies se extendía tentadoramente el laberinto, la estatua de Eros en su centro. Y más allá se encontraba la ciudad, tan contradictoria, tan atribulada en aquellos días. Sobre ella, el cielo, como un fuego azul, se extinguía de manera imperceptible en el mar.

Jesús, consciente de la impresión que desde allí causaba la visión del jardín y la ciudad, sonrió ligeramente y dijo:

—Si no les importa...

—Claro.

Subieron por el último tramo de escaleras y llegaron al Lavadero Mayor, como se conocía el estanque donde había sido hallado el cadáver. Había un grupo de hombres apartados a un lado como muestra de respeto, resguardados a la sombra; todos excepto uno, el doctor Saforcada, médico forense del distrito Norte, que inspeccionaba con cuidado el cuerpo a medio cubrir.

Entre el grupo, Requesens también reconoció al juez del distrito Norte, Vicente Santandreu, un hombre muy mayor cuyo bigote y espesa y canosa barba le daban un curioso aire de filósofo antiguo. Su traje, como el de Requesens, no era el más apropiado para el calor de un día de verano y se iba secando la frente con un pañuelo. A su lado, el hombre de mediana edad con el que hablaba iba vestido con un luminoso traje blanco y unos zapatos bicolors, color crema y puntas marrones, a juego con su sombrero, y a todas luces parecía ser el dueño de la finca. El luto parecía haberse reservado solo para el servicio.

Santandreu saludó a Requesens nada más verle. Era aragonés y aún conservaba un fuerte acento. Cierta indolencia en él indicaba que Barcelona sería su último destino antes de retirarse. Nunca habían trabajado juntos, aunque, como todos en aquella ciudad, cada uno supiera quién era el otro. El juez pasó a presentarle al otro hombre que le acompañaba.

—Es el inspector Requesens.

—Encantado. Soy Julio Antonio Desvalls.

Era el marqués de Alfarrás y del Poal, dueño de aquel lugar. Pero no utilizó el título.

—Lamento lo sucedido —dijo Requesens.

—Bartomeu la sacó del agua —explicó el marqués con un tono que indicaba que había que disculpar al hombre por su acción—. Es nuestro jardinero, en realidad el último de los colonos que queda en la finca. El ama de llaves había enviado a una de las doncellas a recoger algunos restos desperdigados y esta fue quien descubrió el cadáver. Gritó y Bartomeu se acercó...

Bartomeu era un hombre muy mayor, y se encontraba un tanto alejado, apoyado contra una baranda de piedra caliza. Llevaba ropas viejas de payés y estrechaba entre las manos una barretina. Tenía el rostro arrugado y curtido por innumerables horas bajo el sol y estaba llorando. Era el único que lo hacía. Murmuraba algo para sí mismo que tanto podía ser una plegaria como una recriminación.

El doctor Saforcada cubrió el cadáver y se levantó no sin cierta dificultad. Era más joven que Requesens, pero su aspecto de científico erudito le hacía parecer mucho mayor de lo que en realidad era. Se dieron la mano respetuosamente.

—No sabía que vendría usted... —dijo con cierta sorpresa.

—Me ha enviado Ossorio.

Se quedaron mirando el uno al otro como si no acabaran de entender los designios de gobernador. Ambos hombres se habían conocido unos meses antes en el Hospital Clínico.

—Supongo que se trata de un caso delicado —dijo al fin Saforcada.

—¿Qué ha podido averiguar? —preguntó Requesens.

—Han encontrado el cadáver flotando en el estanque a primera hora de la mañana. Se trata de la niñera, o más bien la institutriz de la familia. Tenía treinta y cuatro años. Trabajaba para la familia desde hacía tres. No hay sangre ni rastro alguno de violencia.

—¿Permite que me acerque?



—Usted mismo.

Requesens se agachó y retiró la sábana.

La piel había adquirido la palidez de un mármol húmedo y refulgente. El cabello, todavía húmedo, tenía el color del oro oscuro. En los labios quedaba un desvaído rastro de color, como sucedía en algunas esculturas clásicas. La línea de su mandíbula era muy hermosa, aunque empezaba a mostrar un primer indicio de madurez. El vestido era blanco y parecía haber arrastrado tras de sí la transparencia del agua envolviendo el cuerpo con las formas de una túnica. Alguien había dejado las manos delicadamente cruzadas sobre su vientre y a Requesens le vino a la mente el vago recuerdo de alguna reina esculpida sobre un sarcófago. Una guirnalda de flores le caía desde los hombros hasta el regazo. Eran flores blancas con pétalos pequeños y apretados, perladas de gotas de agua como si fueran rocío y que mostraban una lozanía desafiante. Pero la guirnalda no estaba completa. Cerca de sus manos, varias flores se veían desnudas de pétalos, y al fijarse mejor vio que los cálices no estaban rotos ni mostraban indicios de violencia; era como si los pétalos hubieran sido arrancados distraídamente.

Tocó la mano. Entre el cuerpo de Requesens, acalorado por el bochorno, y el cuerpo frío del cadáver hubo una corriente de temperatura y el policía sintió un estremecimiento. Sus sentidos se agudizaron. Escuchó el zumbido amodorrado de libélulas y mosquitos que se agitaban infestando la superficie del agua estancada, el rumor de la vida en el bosque que había más allá, el chasquido seco de alguna rama, el correteo de lagartijas sedientas que se hundían en el agua del canal. Escuchó también sin quererlo la conversación intrascendente entre el secretario del juzgado, «es una pena, una verdadera pena», y el policía, que infantilmente apesadumbrado decía que sí con la cabeza y utilizaba un lenguaje trillado en el que ambos se encontraban cómodos, y de fondo el rezo pausado de Bartomeu.

Miró de nuevo el rostro del cadáver. Tenía los ojos abiertos. Eran azules, claros, y mostraban unas pupilas estrechas como pun-

tos que le daban un insólito aspecto de fiereza. Había visto muchos cadáveres, alguno de ellos ahogados, cuerpos hinchados, llenos de capilares reventados, cuerpos que resultaba difícil creer que una vez lo habían sido.

Y allí había algo que no acababa de encajar del todo.

Se levantó y cubrió respetuosamente el cadáver.

Cristóbal se había quedado apartado. Prefería inspeccionar la escena. Requesens sabía que le disgustaba ver un cadáver y bromeaba con él diciendo que era como si a un médico le diera miedo la sangre. El joven agente replicaba que un buen médico era el que realizaba un buen diagnóstico, no el que curaba una herida, a lo que Requesens le respondía medio en broma medio en serio que no le faltaba razón. Cristóbal había dado la vuelta al estanque y se había detenido frente a un punto, cerca del pabellón clásico, realizando una inspección óptica del escenario tal y como le habían enseñado en la Escuela de Policía. Requesens se acercó hasta él. En el suelo había una serie de pétalos, blancos, deshojados. Cristóbal señaló alguno que había quedado flotando en el estanque. Eran del mismo color que las flores deshojadas de la guirnalda.

—Son gardenias —dijo Cristóbal.

Requesens se agachó y pasó los dedos por el suelo. Eran losetas en las que había restos de tierra, pero era tierra que podría encontrarse en cualquier lugar. No podía ayudarles a averiguar quién había estado allí. Sujetó uno de los pétalos. No parecían arrancados con violencia. Habían sido deshojados enteros con el pedúnculo intacto, como quien los arranca preguntando me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere. Se acercó al borde del estanque. Un murete de borde curvo retenía el agua y había que salvarlo para introducirse dentro. Sacó la lupa. No había nada que sugiriese que hubiera habido violencia, ni señales, ni hilos, ni rastro de telas. El vestido de la señorita Thornton era vaporoso y si hubiera sido arrojada al agua y se hubiese defendido sin duda quedarían señales del forcejeo. Requesens se quedó mirando el agua del estanque, verdosa, oscura, y se preguntó cuán profundo debía de ser.

—Aquí hay un cesto de mimbre con platos y copas. Algunas están rotas.

El inspector sujetó una de las copas y la miró a contraluz. Tenía huellas de labios y apenas quedaban restos de alcohol. Los platillos tenían migajas. Comprendió que eran los restos de la fiesta. Era imposible saber si alguna de aquellas copas había sido utilizada por la señorita Thornton. No obstante, dijo:

—Cristóbal, revísalo con cuidado.

Volvió sobre sus pasos. Se dirigió al doctor Saforcada, que se había alejado del juez Santandreu para apuntar algo en una pequeña libreta.

—La mujer tiene el rostro muy pálido —dijo en voz baja Requesens—. No parece que se haya ahogado.

—Se trata de un ahogado blanco —comentó Saforcada—. Apenas tendrá agua en los pulmones. Los mamíferos tenemos un mecanismo de defensa primigenio. Al encontrarnos bajo el agua la laringe se cierra por instinto. Es lo que se conoce por laringoespasmó. Protegemos a nuestros pulmones para que no se llenen de agua. Pero entonces no podemos respirar. A veces el instinto juega en nuestra contra.

—¿Cree usted que fue un accidente? ¿Un suicidio quizá?

Saforcada puso una mirada que si no hubiera sido por las circunstancias Requesens habría calificado de ensoñadora. Se llevó la mano a la nuca y se la rascó, en un gesto característico de cuando pensaba.

—No hay ningún indicio de violencia. El vestido no está sucio ni desgarrado. No hay sangre ni marcas aparentes en el cuerpo. Las uñas están perfectas. No buscó aferrarse a nada. Así que tenemos que descartar una muerte violenta. Podría ser un suicidio. He hablado con Bartomeu, el hombre que la ha sacado del agua al oír los gritos de la criada. El cadáver estaba hundido y ha salido a flote en decúbito supino, boca arriba. Quienes se arrojan al agua normalmente quedan en prono, boca abajo. No hay piedras en los bolsillos, como hacen algunos suicidas para asegurarse de no flotar.

Lo más probable es que se trate de un accidente. Me han dicho que estaba invitada a la fiesta. Tal vez bebió un poco más de la cuenta, se acercó al estanque y cayó, no obstante...

Saforcada se quedó callado. Era evidente que no quería verbalizar sus dudas.

—Hay algo en el rostro —dijo Requesens—. En la mirada.

El médico se le quedó mirando y dijo en voz baja:

—Es muy poco científico eso que está diciendo...

—Pero es cierto.

—Hay algo que no logro saber qué es.

—¿Cuándo cree que murió?

Seguían hablando en voz baja.

—Esta noche, pero no muy entrada la madrugada. El rigor mortis es casi completo.

—Ayer hubo una recepción. Acabaron tarde. Tendríamos que acotar la hora lo máximo posible. Alguien pudo ver algo.

—Al transcurrir un cierto tiempo, los ahogados blancos pasan a ser ahogados cianóticos, azules, pero en este caso todavía no ha ocurrido. También deberíamos tener en cuenta la carga microbiana del agua... y este calor... pero me inclinaría a pensar que ocurrió pasada la medianoche, no antes. Entre las doce y las dos de la madrugada. Tendríamos que esperar a la autopsia.

—De acuerdo...

Y ambos hombres se separaron como si hubieran estado conspirando. Cristóbal había permanecido apartado, esperando con paciencia ese momento; entonces se acercó hasta Requesens y dijo:

—He comprobado las copas que había en el canasto. Las he revisado a contraluz. Las he olido también. No hay nada extraño en ellas.

Requesens suspiró. Hacía mucho calor. Se hubiera quitado de buena gana la americana, pero notaba la espalda sudada y no quedaría bien hacerlo.

—Creo que sería mejor hablar con el marqués. Me gustaría hacerlo en privado, pero el juez está pegado a él como una lapa —dijo.

—¿Quiere que entretenga al juez? —propuso Cristóbal.

Requesens sonrió. No creía que el joven agente lo consiguiera, pero le animó a hacerlo. Se acercaron hasta ellos.

—Ayer hubo una recepción, ¿verdad? —preguntó Requesens al marqués.

—Sí, en el jardín romántico, el que queda debajo, por donde ustedes han subido.

—¿Los invitados tuvieron acceso hasta aquí?

—Podían pasear por donde quisieran. Sé que varios de ellos subieron hasta aquí y otros se acercaron hasta el templo de Dánae.

—¿A qué hora acabó la recepción?

—Bueno, no hubo una hora en especial. Era una velada algo informal. Comenzó a las seis, cuando el calor empezaba a bajar un poco. Servimos un té, jugamos al cróquet y al tenis y hacia las siete servimos sándwiches fríos, todo muy británico ya ve. El jardín no tiene luz eléctrica. Hay farolas de gas en algunos puntos. Pusimos algunas antorchas, no muchas para que no dieran calor, y la gente se empezó a retirar cuando comenzaba a oscurecer. Ayer había luna llena y creo que el último invitado se retiró a eso de las diez. Luego los camareros que vinieron a servir se marcharon tras ayudar a recoger. Diría que el último grupo de ellos se marcharía sobre las doce de la noche. Los entoldados los dejamos para que fueran retirados hoy por la cuadrilla de hombres que vinieron a colocarlos. Se lo estoy diciendo de memoria, pues de todo ello se ha encargado mi esposa. Aunque no acabo de entender por qué me hace estas preguntas.

—Oh, discúlpeme. Solo intento averiguar quién podía haber visto a la señorita Thornton acercarse hasta aquí —dijo Requesens con amabilidad, consciente de la presencia del juez Santandreu, que le observaba como si estuviese a punto de intervenir. Cristóbal no tenía demasiado éxito hablando de huellas digitales. Habría sido mejor hablar de caballos o vinos, mujeres seguramente si se diera la ocasión, pero el joven policía no sabía manejarse bien con esos temas. Requesens se dio cuenta de que Jesús basculaba

con disimulo hasta ellos y que escuchaba la conversación con aparente aire distraído.

—La señorita Thornton tenía la costumbre de dar un paseo antes de irse a dormir. Era de todos conocido —prosiguió el marqués.

—¿Lo hacía siempre a la misma hora?

—Después de cenar y acostar al niño solía leer hasta tarde, y a menudo subía hasta aquí arriba. No hay iluminación y a mi mujer no le gustaba que lo hiciera. Ella siempre llevaba una lampara consigo, aunque ayer no la llevaba, pues había luna llena.

—¿No le gustaba?

Él bajó la cabeza. Su mirada recayó en el pabellón neoclásico antes de decir:

—No, no le gustaba. Pero ayer no fue un día como los demás.

En el pabellón neoclásico había una gran puerta doble que daba acceso directo al estanque y no era necesario salvar el murete. Requesens se preguntó si la señorita Thornton se había deslizado al agua desde allí. Parecía improbable, pues las puertas y ventanas estaban completamente cerradas. Sin embargo, algo en él le decía que debía intentar averiguarlo.

—Para llegar hasta al agua tuvo que salvar un murete. Tal vez pudo hacerlo desde ese pabellón. ¿Podríamos entrar en él?

Julio Antonio Desvalls mostró una curiosa mezcla de consternación y sobresalto y dijo:

—El pabellón hace mucho tiempo que no se abre. Hubo un accidente hace unos años y desde entonces permanece cerrado. Creo que el señor Masdeu, el masovero...,<sup>1</sup> bueno, en realidad quien lleva la casa, debe de tener la llave en algún lugar.

—¿Notó algo extraño en el comportamiento de la señorita Thornton estos últimos días?

Él negó con apenada benevolencia.

---

1. N. de la Ed.: Según la DRAE, labrador que, viviendo en masía ajena, cultiva las tierras anejas a cambio de una retribución o de una parte de los frutos.